

## Antonio

El grito de independencia no se escuchó, los rostros perdidos no se conocieron y el Perú... no se liberó.

---

Las calles de nueva España eran agitadas. El calor de la costa se sentía en todas las vitrinas de tiendas que guardaban vestidos pomposos y sombrillas de encaje para las señoritas aristócratas. Caminando sin preocupación alguna se encontraba Antonio, un niño que no sabía su origen, pues fue dejado en un orfanato por personas que no conocía y desde ahí trabajaba dando agua a los bastaixos que cargaban piedras pesadas del mar.

— ¡Agua fresca para los bastaixos! — gritaba Antonio con una sonrisa en su cara.

— ¡Eh! Aquí — le dijo un hombre claramente cansado. — ¿Cómo te llamas muchacho?

— Soy Antonio, vivo ahí con la matrona en el edificio Zárate, y ¿tú?

— No deberías dar esa información a gente extraña... pero tienes suerte de que te topaste conmigo. Me llamo Simón

Cuando Antonio iba a responder una autoridad comenzó a llamar a gritos a los hombres

— Bueno... parece que el descanso ha terminado, cuida esto por mí, hijo — era raro ver amabilidad en 2021 y aún más en la capital.

Antonio miró lo que el hombre le había entregado, consistía de un libro de bolsillo, muy pequeño con palabras raras, un idioma extranjero pensó. Como la noche ya estaba cayendo decidió ir hacia el edificio Zárate para ya descansar con los otros niños. Una matrona poco amigable los recibió en la entrada y dijo que todos se dirigieran a sus cuartos. Ya en su cama. Antonio supo que no podía dormir, entonces sacó aquel libro que consiguió en la mañana. La inscripción

Manawañukuqmi kani  
Yaninmi musquyniypi weqochuyki hina

Se leía en la primera página. Antonio la repitió y la repitió tratando de darle una bonita musicalidad a tal frase, finalmente luego de cansar sus ojos cayó dormido.  
1810....

— ¡Niño Antonio! Ya es hora de tomar el desayuno — dijo una voz femenina.

— ¿! Que?!— Al verse en una cama ajena, Antonio comenzó a desesperarse, cama nueva, cuarto diferente. Se levantó a pasos apresurados para llegar a un espejo, casi nada había cambiado, pero, él sabía que algo andaba mal. Por alguna razón el ver la cara de esas personas se le hacía familiar, los nombres estaban en la punta de su lengua y las palabras salían de su boca con mucha normalidad.

— El señor Vicente lo espera abajo para tomar sus alimentos, hoy se sirven huevos escalfados tal como le gustan — al decir eso, varios sirvientes entraron a la habitación de Antonio para vestirlo, su mirada curiosa no paraba de seguir a todos con la mirada.

La casa en la que estaba era grande y arreglada, no muy llamativa pero muy bien mantenida. Antonio se convenció a sí mismo que todo era un sueño y que tenía que aprovechar la situación. Un señor adulto lo recibió en la estancia de abajo, con lo que parecía ser un periódico en mano.

— Hijo, que bueno que has venido a tiempo, quería informarte de algo, cómo sabes Venezuela ha sufrido muchos vaivenes en la causa independentista desde 1810 — los ojos de Antonio se abrieron ante tal mención — Ahora que tienes 15 años he decidido que formes parte del ejército patriota como alférez de ingenieros y participes en la campaña de Francisco de Miranda contra los realistas.

— ¿Qué pe-?

— Nada de peros, la decisión está tomada.

Y así fue como Antonio comenzó un viaje que cambiará el rumbo de la historia, un pequeño joven no supo que el aceptar las exigencias de su padre harían que sea recordado. Al ir con este primer intento emancipador, Antonio mostró gran capacidad de lucha y liderazgo, sin embargo, fue un fallo. Se refugió en la isla de Trinidad donde conoció a un hombre llamado Santiago, las circunstancias los hicieron cercanos y lograron trabajar juntos por una causa en común.

— Antonio, planeo hacer una expedición para la reconquista de Venezuela, quiero que vayas conmigo.

— Cuenta con eso —.

Pasaron los años y el joven ya era un hombre, sus dotes en la guerra hicieron que ascendiera rápidamente a teniente coronel, sin embargo Los generales venezolanos no entendían la unidad, lo que lo llevó a conocer a Simón Bolívar. Era una noche fría cuando cerca de una fogata ambos coincidieron, cada estrés de diferentes causas, pero con un mismo fin: La Libertad.

— ¿Cansado? — preguntó una voz sentándose al lado de Antonio. Al levantar la mirada se quedó atónito por la imagen que pasaba. — ¿Estás bien? — volvió a preguntar aquella persona al ver que no obtenía respuesta.

— S-si, solo... te pareces a alguien que conocía.

— Es entendible, en la guerra no hay rostros, ni edad, todos nos parecemos de alguna manera. Te he visto peleando y quisiera que te unas a mi ejército libertador. Aquí en Angostura está mi cuartel general, pero mi gran sueño es formar una federación con todas las colonias liberadas del dominio español.

Una sonrisa y un sí bastaron para que Antonio José de Sucre se convirtiera en uno de los mejores lugartenientes de Bolívar, ambos se hicieron grandes amigos, la amistad se forjó en ambiente de respeto ya admiración. Desde ese momento su lealtad nunca tembló.

El éxito lo acompañaba en cada paso que daba, consumó la independencia de Ecuador y aceleró la liberación del Perú, que, a pesar de haber proclamado su independencia en 1821, todavía contaba con fuerzas realistas que controlaban gran parte del territorio. José de San Martín optó por retirarse y dejó en manos de Bolívar el destino del Perú.

— Simón, creo que el principal obstáculo para la emancipación del continente es este país, todavía está muy dividido... — dijo Sucre con preocupación.

— Opino lo mismo, en 1823, irás a Lima a iniciar los preparativos para nuestra campaña.

Antonio y Bolívar pelearon juntos sus batallas y la situación del Perú poco a poco iba mejorando, la batalla de Junín fue victoriosa y la estrategia de Sucre venció al virrey José de la Serna en Ayacucho.

— ¡Viva la independencia! — gritaba Antonio con una sonrisa en su rostro.

---

La característica más llamativa que se recordaba de él era su mirada. La determinación se notaba como una película antigua que había sido robada en el tiempo. Por alguna razón cuando pensaban en él, los colores de la bandera eran más brillantes, y el fondo se distorsionaba.

Una de sus posesiones más preciadas era un retrato suyo. Tenía entre 28 y 30 y utilizaba el uniforme que lo hacía orgulloso.

— ¿Me puedes contar más sobre él? — le dijo a su profesora sin despegar la mirada del majestuoso cuadro que se encontraba en la sala del museo.

— ¿Qué quisieras saber? —

— ¿Fue feliz? — preguntó sabiendo que era una pregunta boba, pero tenía 8 años y quería saber.

— Muy feliz... — fue la respuesta automática.

EN RECUERDO DE  
Antonio José de Sucre (1795-1830)

A uno de los héroes de la independencia americana más laureados y admirados, Mariscal de Ayacucho, un gran amigo del libertador, padre de Simona, José, Teresa y Pedro, y esposo de Mariana Carcelén.

"NADA ES MÁS IMPORTANTE QUE LA TRANQUILIDAD INTERIOR".

El niño miraba con orgullo el libro que le había otorgado su padre. Susurraba las palabras que podía leer y con una sonrisa dijo.

— Gracias abuelo... —

Autora: DIANDERAS VARAS, Daniela Killariy  
1er puesto – categoría D  
10mo grado C